

INTRODUCCIÓN AL 98

Alberto Gil Novales

En 1998 vamos a celebrar el centenario de la guerra entre España y los Estados Unidos, que marcó definitivamente el ocaso del Imperio español en América. Vamos a celebrar también el surgimiento de un grupo literario, llamado precisamente Generación del 98, que supuso una importante renovación en la literatura y en la mentalidad españolas. Una y otra cuestión, la guerra y la generación literaria, parecen responder a conceptos claros, sin dificultad alguna para su intelección. Y sin embargo no es así, como vamos a ver a continuación.

La guerra llamada de 1898 no comenzó en este año, sino en 1895 en Cuba, y en 1896 en Filipinas¹. Lo que ocurrió en 1898 fue sólo su final, mediante la intervención yanqui. Ya sé que es imposible cambiar las denominaciones erróneas cuando el uso las ha consagrado, y por ello no voy a proponer ningún cambio de nombre; pero no deja de ser una injusticia esa denominación, que omite lo principal de la guerra cubana. Guerra que, a su vez, se origina en la de los Diez años, 1868-1878, y en el incumplimiento por España de los términos de la Paz del Zanjón. En realidad, por parte cubana, entre 1878 y 1895 nunca dejó de haber hostilidades, aunque limitadas, convertidas en guerra grande cuando las circunstancias parecieron propicias.

1. Cfr. S. Gómez Núñez, *La Guerra Hispano-Americana*, cinco vols., Madrid, Imp. del Cuerpo de Artillería, 1899-1902. P. de Azcárate, *La guerra del 98*, Madrid, Alianza Editorial, 1968. P.S. Foner, *La guerra hispano-cubana-norteamericana y el surgimiento del imperialismo yanqui*, dos vols., La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978. O. Loyola Vega (coord), *Cuba. La revolución de 1895 y el fin del Imperio colonial español*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1995.

Decretada la guerra por el Partido Independentista Cubano, que había sido fundado en 1892 por José Martí, obedecía en lo esencial al pensamiento de este gran hombre. Martí, hijo de españoles, valenciano el padre, canaria la madre, no participó, por demasiado joven, en la guerra de los Diez años, pero simpatizó con su causa, y sufrió en carne propia la vesania del poder colonial español. A través de la experiencia del presidio y del destierro, y de la inoperancia de la República española de 1873, de la que tanto se había esperado que comprendiese las razones cubanas, Martí fue madurando su pensamiento, al tiempo que creaba su voz poética, una de las más importantes a finales del siglo XIX en la historia de la lengua española. Frente a la integridad territorial, que era el argumento metropolitano, Martí comprendió que era necesario salvar la personalidad moral de Cuba, haciendo que ganase su propia independencia. Enemigo en teoría de las guerras, ésta sin embargo era necesaria, pues no había opción: o la independencia, o la ignominia de seguir con el régimen español, territorio abonado para el medro de todos los logrerros peninsulares, que allá iban, nunca mejor dicho, a hacer la América.

Pero el pensamiento de Martí se proyectaba más lejos: la independencia era lo único que podía impedir la caída de Cuba en las fauces de los Estados Unidos. Martí, que vivió en el gran país del Norte, al que admiraba y en el que al principio confiaba, fue uno de los primeros pensadores mundiales en darse cuenta de lo que denomina la falta de alma del capitalismo norteamericano, y lo que significaba para los demás países. Martí quería evitar para Cuba el destino que habían sufrido Texas y los otros territorios de la Nueva España, arrebatados a México en una guerra injusta. Martí se va a convertir en uno de los primeros, por intensidad y cronología, pensadores anticolonialistas. Hace tiempo que son famosos los textos de antología en los que, desde *La Nación* de Buenos Aires, Martí describía como bandidos a los senadores y gobernantes de los Estados Unidos. Gracias a las investigaciones del martiano mexicano Alfonso Herrera Franyutti sabemos que ya en 1877 había expresado su pensamiento de que «El tamaño es la única grandeza de esa tierra», de la que pensaba que moriría pronto, «como las avaricias, como las exuberancias, como las riquezas inmorales»³.

De manera que la guerra de Martí no va a ser guerra contra España o contra el pueblo español — sabe muy bien que los españoles pueden ser excelentes cubanos — sino contra el Estado español, contra las granjerías que una minoría, dedicada a chupar del Estado, obtiene en Cuba.

2. El tema remontaba a la primera guerra cubana. Cfr. C. Navarro y Rodrigo, *Las Antillas*, Madrid, Rivadeneyra, 1872, 2ª ed.

3. Cfr. A. Herrera Franyutti, *Martí en México. Recuerdos de una época*. Prólogo de P.P. Rodríguez, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996, p. 201.

Martí es incluso un enamorado de España, de lo mejor que España ha hecho a través de los siglos, y su lucha en lo positivo busca salvar la civilización hispana en Cuba, la mejor España con acento cubano.

Nada de esto se comprendió en la propia España, o por lo menos no lo comprendieron los políticos. Aquellos gobernantes de la Restauración, Cánovas, Sagasta, buenos para los cabildeos y las intriguillas, no supieron entender nada de lo que pasaba en Cuba, ya que la insurrección en la gran Antilla simplemente les negaba, negaba sus métodos, su frialdad, su egoísmo. Plantearon la cosa en España tratando de remover el patriotismo de los españoles, combatido por no se sabía qué fuerzas oscuras. Muchos lo creyeron así, algunos de ellos eminentes, como el joven médico Santiago Ramón y Cajal⁴, en puridad escritor del 98 también. Y Cánovas del Castillo acuñó la frase, que quiso parecer heroica: España luchará en Cuba «hasta la última peseta y hasta la última gota de sangre»... de los demás, según añadió su discípulo y disidente Francisco Silvela. En vísperas de la guerra José Canalejas visitó Cuba y los Estados Unidos, y volvió convencido de la absoluta imposibilidad de que España retuviera la isla. Se lo dijo así a Sagasta, Moret, Gamazo, Silvela, al general Correa y a otras personalidades, pero todos le exigieron, por patriotismo, que guardase el secreto: obedeció religiosamente⁵. Es la guerra que Tolstoi, en su momento, calificó de «pagana, inoportuna, estúpida, cruel y vana»⁶.

El mismo Silvela dijo del pueblo español que vivía «Sin pulso» porque, a pesar de ofrecer un fuerte contingente de sangre, no había demostrado un gran entusiasmo por dejarse matar en una guerra injusta — injusta, no solamente por lo ya dicho, sino porque servía de pretexto para los ascensos de los militares⁷, para los negocios de los grandes capitalistas, en primer lugar la Compañía Trasatlántica,

4. Cfr. su protesta ante lo que ve en Cuba en *Mi infancia y juventud*, Madrid, Beltrán, 1946 (la Iª de. es de Buenos Aires, 1939), capítulos XXII a XXV .

5. Cfr. J. Francos Rodríguez, *La vida de Canalejas*, Madrid, Tip. de la Rev. de Arch., Bibl. y Museos, 1918, p. 181.

6. Cfr. L. Tolstoi, *La guerra hispanoamericana y la guerra de los doukhobors*, en *La guerra ruso-japonesa*, traducción de Carmen de Burgos Seguí, Valencia, Prometeo, s.a., p. 135 (texto de 1898). Tolstoi con esos adjetivos se refiere a los dos bandos.

7. Un diario ms., que me fue prestado en 1980-1981, ilustra muy bien este aspecto. Escrito por Enrique Piqueras, se titula *Cuba. Copiado de los cuadernos que conservo. Sevilla 11 de Mayo de 1903*. Abarca de noviembre 1895 a julio 1897. El autor sale de Cádiz, y retorna por Santander; teniente al salir, capitán a la vuelta. Refiere marchas y contramarchas, encuentros con los mambises, sin gran interés, salvo el de que parece no existir más política que el ascenso de los jefes. También de vez en cuando el autor censura la utilización privada de bienes públicos, caso de los caballos cogidos al enemigo, que se los vende algún jefe para su beneficio particular. No hay ideología ninguna, ni se discute el estado de la sociedad cubana. Cfr. también la terrible carta, fechada a Io de Agosto 1896, que publica G. de Reparaz, *Aventuras de un geógrafo errante*. Primera parte. *Soñando con España*, Berna, Casa Edit. Ferd. Wyss, 1920, pp. 216-217, y en el mismo libro las pp. 236-237.

para todos los negocios sucios de médicos, cocineros y oficiales que se enriquecían con la muerte del soldado. No faltaron críticas, basadas en la propia guerra, y en la manera de conducirla por parte española, el envío por ejemplo de los jóvenes a morir bajo el Trópico, excepto los que pudieron pagar dos mil pesetas de redención: «Los que pudieron pagar se quedaron en casa juntamente con la parentela de los nobles y de los oligarcas»⁸.

Esta fue la guerra cubana. Por debajo de la propaganda oficial, ofreció inmediatamente una gran oportunidad a la crítica, un terreno común para el surgir de nuevas mentalidades, tanto de izquierdas, que apuntan hacia la República, como de derechas, que lo hacen hacia la Dictadura y el fascismo. La intervención norteamericana venía determinada por sus propios intereses imperialistas: después de medio siglo los Estados Unidos habían asimilado ya los inmensos territorios arrebatados a México, e iniciaban en consecuencia una nueva fase expansiva. Por parte española asombra que la propaganda oficial presentase siempre a los Estados Unidos como un pueblo de chirigota, incapaz de organización militar — esos matasuegras que se vendían en el Retiro madrileño con la imagen del Tío Sam —, hasta el punto de que existe la sospecha de que al poder español, es decir a la monarquía, le pareció más conveniente ser derrotados por los Estados Unidos, cuya intervención en cierta manera se provocó, que por un país como Cuba⁹, pues después de todo lo que se había dicho y hecho, aceptar la derrota ante Cuba se temía que podría desencadenar una revolución.

También la guerra filipina cuenta con protagonistas ilustres. Cuando yo era estudiante y me comenzaba a interesar por estas cuestiones, me enteré de que el jefe filipino se llamaba José Rizal, quien había publicado dos novelas, en castellano, terriblemente antiespañolas. Como estas novelas, *Noli me tangere* y *El filibusterismo*, aparecían todavía en los catálogos de libros viejos, lo que hice fue comprarlas y leerlas¹⁰.

Me quedé estupefacto, y todavía lo estoy hoy: con una trama mínima, y una morosa deleitación en la descripción de paisajes y ambientes, estas novelas contenían un impresionante elogio lírico de la Madre España, con sólo dos excepciones: los frailes, sobre todo los dominicos, y la Guardia Civil. Las excepciones eran de bulto, porque respondían al poder arbitrario de la Iglesia y del Estado.

8. Cfr. G. de Reparaz, *op. cit.*, p. 52

9. Cfr. C. Serrano, *Final del Imperio. España 1895-98*, Madrid, Siglo XXI, 1984.

10. Se trata de *Noli me tangere*, Barcelona, Maucci, s.a., y su continuación *El Filibusterismo*, 2 tomos, Barcelona, 3ª ed., F. Granada y Cª, s.a.

Rizal pensaba que con la Independencia podría vencerse su influjo dañino, y hacer florecer la civilización hispano-filipina. Rizal fue ejecutado por el general Polavieja, acaso por aquello de que el pensamiento delinque: aunque sea el pensamiento del amor a España. Pero esto no impidió la instauración de la primera República filipina, presidida por el general Emilio Aguinaldo. También en Filipinas intervinieron los Estados Unidos, para acabar con su independencia, y someterla a su poder. En la prensa española que en estos años se publicaba en Portugal, muy importante por no estar sujeta a la censura española, leí una proclama de Aguinaldo, también en castellano, que fue mi segunda gran sorpresa en materia filipina. Dada en Tarlac, el 11 de julio de 1899, primer aniversario de la Independencia de Filipinas, contiene palabras que recuerdan las de Rizal: «Filipinas: Hija querida del ardiente sol de los trópicos, encomendada por la Providencia al cuidado de la noble España, no seas ingrata a la memoria de la que te dio su propia cultura y la que te abrió el camino de la civilización»¹¹. Luego emplea otras expresiones semejantes, que desde luego no son palabras de un enemigo. Sólo años después supe que tanto Rizal como Aguinaldo pertenecían al sector, que los filipinos de hoy llaman «los ilustrados», los que habían creído posible realizar el sueño de una civilización hispano-asiática. De nada de esto se enteraron nuestros gobernantes; bien es verdad que en Filipinas también existía una Liga, llamada el Katipunan, que se dio a sí misma organización masónica. Y sabido es que la derecha española siempre ha tenido miedo al contubernio judeo-masónico, y en segundo lugar, que de noche, es decir en el lejano Oriente, todos los gatos son pardos.

De manera que los enemigos de España en aquella guerra eran los partidarios de una imagen superior de lo español. No es poca contradicción. Menos mal que intervinieron los Estados Unidos, y así pudieron ser borrados los molestos precedentes de Cuba y de Filipinas. España como Don Quijote, pasó su «cerdosa aventura», como la calificó el escritor argentino Enrique Larreta, y esto, la derrota, la pérdida de los territorios, la humillación y el pesimismo ante los destinos nacionales van a ser determinantes en la aparición de la Generación de 1898.

11. E. Aguinaldo, *Proclama de.*, en *Tarlac, 11 julio 1899, primer aniversario de la Independencia de Filipinas*, en “La Colonia Española”, Año I, n. 29, Oporto 30 julio 1899, p. 3. Cfr. también M. Halstead, *Aguinaldo and his Captor. The Life Mysteries of Emilio Aguinaldo and Adventures and Achievements of General Funston. Historical Stories of Two Memorable Men*, Cincinnati, The Halstead Publishing Company, 1901 (no visto, cit. a través de la descripción de su contenido que se hace en el Catálogo 25 de Paul Orsich, Londres, s.a.).

La guerra del 98 va a ser el último gran desastre español en el siglo XIX. La guerra de Marruecos va a ser la gran catástrofe española del siglo XX, que lleva al país inexorablemente hacia la guerra civil y el fascismo. Ambas guerras están más relacionadas de lo que imaginamos. Los protagonistas españoles son inevitablemente los mismos. Además, la costumbre de destinar a los presidios de África a los independentistas cubanos, hizo que éstos pudiesen ver, literalmente ver, desde su ventana, la ineptitud y corrupción del ejército español en la llamada guerra de Melilla de 1893¹². En cierta medida esta visión contribuyó a fijar por parte cubana la fecha de la insurrección. Una vez producida la intervención norteamericana, existe en España el temor a que ésta no se limite al continente americano, que el Tío Sam pueda venir, por ejemplo, a destruir Sanlúcar y la misma Sevilla, y aun se dice que están armando a las cábi-las marroquíes en torno a Ceuta y Melilla, para suscitarle a España una nueva guerra africana¹³.

Hoy esto nos parece absurdo, pero existía el precedente de 1855, cuando Pierre Soulé, francés americanizado en la Luisiana, nuevo embajador de los Estados Unidos en Madrid, quiso comprar Cuba por 200 millones de pesos¹⁴, y al no conseguirlo amenazó con una nueva guerra carlista, pero su gobierno le desautorizó.

Se habla mucho de marasmo en esta época — es una de las palabras más típicas del momento — pero, cosa milagrosa, se había interrumpido en 1885, con motivo de la intromisión alemana en las colonias españolas del Pacífico. Grandes manifestaciones de protesta tuvieron lugar por toda España, Asociaciones, diputaciones, empresarios, intelectuales, trataron de movilizar a la opinión¹⁵.

12. Cfr. M. Hernández Villaescusa, *La cuestión de Marruecos y el conflicto de Melilla*, Barcelona, Revista Científico-Militar, 1893. R. Guerrero, *La Crónica de la Guerra del Riff*, Barcelona, M. Maucci, 1894. El mismo será autor de *Crónica de la guerra de Cuba (1895-96)*, Barcelona, Maucci, 1896. Ya en esta guerra de Melilla aparecen A. Martínez Campos, como vencedor, y C. Polavieja, Presidente de la Asociación de la Cruz Roja.

13. Cfr. “El Regional”, Diario de la mañana. Sevilla, Año I, n. 23, 20 julio 1898 (director, Emilio Dugi).

14. Cfr. B. Vivó, *Memorias de... ministro de Méjico en España durante los años 1853, 1854 y 1855*, Madrid, M. Rivadeneyra, 1856, pp. 59-65 y 142-170. J.M. Sanromá, *Mis memorias 1852-1868*, t. II, Madrid, Hijos de M.G. Hernández, 1894, pp. 82-83.

15. Cfr. J. Costa, *Alemania contra España*, Madrid, Tip. Yagües, 1915. El libro no es de Costa, sino que después de su muerte, fue fabricado por Tomás Costa, aprovechando la guerra europea, con textos, en parte, de Costa, otros ajenos. Antonio Machado y Álvarez, Alejandro Guichot y Sierra y Antonio Sendras y Burín dirigieron un Manifiesto *A los folkloristas de todas las naciones*, Madrid 4 septiembre 1885, invitándoles a participar en la construcción de un crucero con el que frenar a Alemania. Puede verse el Manifiesto en D. Pineda Novo, *Antonio Machado y Álvarez “Demófilo”. Vida y obra del primer flamencólogo español*, Madrid, Cinterco, 1991, pp. 192-193. Cfr. también mi artículo *La conflictividad social bajo la Restauración (1875-1917)*, en “Trienio”, n. 7, mayo 1986, p. 83.

Se dijo que todo había sido un gran éxito de Cánovas¹⁶, también que la fecha marcaba un hito en la historia de la Revolución española¹⁷ e incluso que todo había sido un intento para acabar con Alfonso XII, que murió ese mismo año, y en definitiva contra la Monarquía.¹⁸ Una historiadora de nuestros días ha evocado el conflicto desde el ángulo precisamente del 98¹⁹. Un escritor del momento, Servando Marengo, ante el tratamiento dado a la información sobre lo sucedido en Yap, planteó todo el problema en términos típicamente regeneracionistas y noventayochistas: «A la explosión unánime de indignación que produjo en la altiva España el atropello inaudito y brutal realizado en Yap por los alemanes, que despertó radiante y entusiasta el amor a la patria, largo tiempo hacía oculto y sin objeto, ha sucedido, tras algunas sacudidas ya menos intensas y violentas, la más absoluta indiferencia» (...). Y: «Casi nada de lo que parece que vemos y tocamos es cierto en la España oficial; doloroso es decirlo; pero es una verdad evidente que el fatal principio de simular organizaciones y reemplazar la verdad por la ficción, ha invadido todos los organismos del Estado; y en la Administración de Justicia, como en la de Impuestos, y en el Ejército como en la Marina, y en todos los demás ramos de la Administración pública, apenas si se encuentra una ligera sombra de exactitud en las afirmaciones oficiales más categóricas y en los datos concretos que se dan con carácter autorizado ». Termina: «En suma: que hemos llegado al caso de que hoy pasan ante la opinión vulgar como hombres de Estado modelos, los que no han cometido más que desaciertos y errores, descontentando a todas las clases sociales y, lo que es más grave aún, entregándonos, por su torpeza y abandono, atados de pies y manos ante la codicia colonial que se ha despertado en Europa y ante la cual no pensaron, al parecer, intentar siquiera defenderse, cegados por fustero y anti-patriótico escepticismo».

16. Cfr. Marqués de Lema, *Mis recuerdos (1880-1901)*, Madrid, CIAP, 1930, pp. 63-66.

17. Cfr. E. Bark, *Die Spanisch-Deutsche Konflikt um die Karolinen und die Revolution in Spanien*, Hagen in Breisgau, Verlag von Hermann & Co, 1885.

18. Cfr. *La política de León XIII y la Carta al Cardenal Rampolla a propósito de la reintegración de la Soberanía temporal al Papa y la paz entre los cristianos*, Madrid, 1887, pp. 101-106.

19. Cfr. M.D. Elizalde, *La venta de las Islas Carolinas, un nuevo hito en el 98 español*, Madrid, "Estudios históricos", 1990,1, pp. 361-406.

Todavía tiene tiempo el autor, en una curiosa interpretación, de calificar a estos falsos gobernantes de descendientes de los afrancesados de 1808. Si no se hace nada, la pérdida de las Carolinas nos llevará, incluso, a la de la madre patria²⁰.

Cuando la guerra cubana comienza, hay motivo también para protestar. Vuelven las manifestaciones, las agitaciones del cuerpo social. Se sospecha que el poder las mueve en secreto, y que la prensa adicta las impulsa, sobre todo cuando el Senado de los Estados Unidos reconoce la beligerancia de los insurrectos. Pero lo mismo que en 1885 las manifestaciones de 1896, en particular, tuvieron carácter bifronte. Por una parte se oyen gritos de Viva España y el Ejército, pero por otra parte la participación de estudiantes y de republicanos amenaza convertirse en un peligro para las instituciones. En Barcelona, 1 marzo 1896, una manifestación autorizada da vivas a España y al ejército. En Málaga, 4 marzo 1896, se manifiestan los estudiantes. En Valencia el 8 de marzo de 1896 se gritó Abajo el gobierno y Viva la República, y hubo que decretar el estado de guerra, que duró hasta el 6 de abril. El mismo día en Cádiz los estudiantes celebran un mitin, y se prepara una manifestación: el gobierno tiene que pedir a Marengo, jefe de los republicanos, probablemente el mismo citado antes, que la evite²¹. En Alicante, el 10 y el 11 de marzo, ante el tema de la beligerancia, hubo manifestación estudiantil y de otros elementos, siendo herido el alcalde de una pedrada. El día 11 doscientos paisanos enarbolaron la bandera española. El 4 octubre 1896 se repiten en Valencia las manifestaciones, esta vez de estudiantes, ante los consulados de Estados Unidos y de Austria, con gritos de Viva España y Viva Austria²². No obstante me interesa destacar que estas manifestaciones, singularizadas por su carácter eminentemente político, no son las únicas, y que la imagen de la Restauración como una época de paz, difundida por algunos historiadores, como Raymond Carr, es radicalmente falsa, porque no tiene en cuenta la intensa y enorme conflictividad subyacente, que estalla en todos los puntos de España²³.

20. Cfr. S. Marengo, *La ficción y la verdad de lo ocurrido en Yap. Reseña histórica con las instrucciones y documentos oficiales*, Madrid, Est. Tip. de El Globo, 1886 (párrafos cit. de las pp. 7, 10-11 y 14).

21. S. Marengo es hoy un desconocido absoluto. Como periodista lo menciona Azorín en *Anarquistas literarios*, 1895, *Obras completas*, cit., I, p. 179. Publicó varios títulos, que aparecen reseñados en el Palau.

22. Datos tomados del Archivo General Militar de Segovia, recogidos en el artículo que se cita en la nota siguiente.

23. Según R. Carr, *Spain (1808-1939)*, Oxford, University Press, 1966, p. 347, las únicas excepciones a la paz generalizada de la Restauración las protagonizaron los republicanos y los carlistas. Pero Cfr. mi artículo *La conflictividad social bajo la Restauración (1875-1917)*, en "Trienio", n. 7, mayo 1986, pp. 73-217.

Ya he dicho antes que el concepto de Generación del 98 no está nada claro. El término se debe a Joan Maragall, según unos, a Gabriel Maura, según otros, a Azorín, finalmente, quien le habría dado carácter definitivo: sea como sea, la expresión hizo fortuna, y ha prevalecido, que es lo importante²⁴. No obstante algunos niegan su existencia como generación literaria. Esa supuesta Generación del 98 no es «más que la expresión de pequeños círculos literarios, adormecidos en sus narcisismos y sus vanidades», según Luis Méndez Calzada. Para este transterrado — vivía en Buenos Aires — «La del 98, la auténtica, no es ésa. Es la de los hombres, tristemente repatriados, que se hacinaban en las cubiertas del “Patricio de Satrústegui” y del “Isla de Panay”; los muchachos de veinticinco años, que volvían exangües de las fiebres cubanas y de los esteros filipinos; los que acababan de asistir a la caída final del imperio español y se pasaron luego treinta años arañando suelos semiresecos y llevando su mano de obra a los talleres; los que, encanecidos, bien cumplidos los cincuenta, hicieron un día de abril tremolar una bandera»²⁵.

Desde luego yo tengo mucho respeto por los protagonistas de la guerra, por los retornados, enfermos y heridos. Concedámosle también a Méndez Calzada lo del narcisismo de los escritores, pero es lo cierto que la literatura de España cambió, y que éste es nuestro tema de hoy.

Pero todavía queda un problema: ¿Qué es eso de generación aplicado a un tema literario? Las desavenencias entre los autores sobre la cuestión derivan, en parte, de la fragilidad del concepto de generación como método histórico, tomado en España de Pinder y otros autores alemanes, adoptado parcialmente por Ramón Menéndez Pidal y luego por Julián Marías²⁶, pero sin obtener un claro consenso en la comunidad científica.

Se habla de una Generación del 98; de otra generación de 1900, los novecentistas, tan caros a Eugenio D'Ors, y todavía de una generación de 1901, tres generaciones en cuatro años, lo que parece excesivo. La generación de 1901 sería catalana, la del 98 castellana, según Vicens Vives²⁷ ¿y los regeneracionistas forman parte o no del 98? ¿Y el llamado Grupo Germinal?

24. Cfr. J. Vicens Vives, *España 1868-1917, en Coyuntura económica y reformismo burgués*, Barcelona, Ariel, 1968, p. 187. L.S. Granjel, *La generación literaria del Noventa y Ocho*, 3ª ed., Salamanca, Anaya, 1973, p. 14. Azorín, *La generación de 1898, en Clásicos y modernos*, Buenos Aires, Losada, 1959, 5ª ed. (1ª ed., Madrid, 1913), pp 174-191.

25. L. Méndez Calzada, *Joaquín Costa, precursor doctrinario de la República española*, Buenos Aires, Patronato Hispano-Argentino de Cultura, 1943, pp. 18 y 19.

26. J. Marías, *El método histórico de las generaciones*, Madrid, Revista de Occidente, 1967.

27. J. Vicens Vives, *op. cit.*, pp. 187-189.

Para complicar aún más las cosas, desde un punto de vista estético, los noventayochistas se ven doblados por los modernistas, habiéndose aplicado la crítica a deslindar a unos y a otros²⁸. Los modernistas se regirían por normas sobre todo estéticas, mientras que en los del 98 predominaría la crítica política y la intencionalidad social. Lo que ocurre es que algunos escritores cultivan a la vez o sucesivamente sus inclinaciones estéticas y su preocupación por los destinos de España que, de hecho, sólo desde la abstracción se pueden separar. Luis Granjel los clasificó en escritores de la Generación propiamente dichos, que son Unamuno, Azorín, Baroja, Maeztu y Antonio Machado, aunque éste es considerado como miembro epilodal del grupo, ignoro por qué. Los modernistas son Rubén Darío, Benavente, Valle-Inclán y Manuel Machado. Los coetáneos (sic) son Blasco Ibáñez, Felipe Trigo y Eduardo Zamacois. Una cuarta categoría la forman los Amigos y maestros, que son Ganivet, Maragall, Silverio Lanza, Alejandro Sawa, Luis Ruiz Contreras, Ciro Bayo y Seguro, Ricardo Baroja, Manuel Bueno y Camilo Bargiela. La cosa parece bastante caprichosa. En ninguna de estas clasificaciones entra J.M. Llanas Aguilaniedo, el autor de *Alma contemporánea*, 1899²⁹, citado sin embargo en el libro.

Si aceptamos que los del 98 se caracterizan por su preocupación social, que encuentran su detonante en la fecha del Desastre, ¿por qué no incluir entre ellos a pintores, escultores, hombres de ciencia? Y por otra parte, ¿pertenecen a la misma generación hombres nacidos en muy diferentes fechas a lo largo del siglo XIX?³⁰ ¿Y se puede aplicar el mismo criterio a todas las regiones de España? Para resolver el conflicto caben dos actitudes: olvidar que eso de generación es, o intenta ser, un concepto histórico, y cubrir con esa denominación a todos los hombres que levantaron su voz y su preocupación nacional en torno a 1898; o introducir el concepto de precursores (Costa, Ganivet), noventayochistas plenamente tales y continuadores (Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Américo Castro).

28. Cfr. G. Díaz Plaja, *Modernismo frente a Noventa y Ocho*, Madrid, Espasa-Calpe, 1951.

29. Cfr. J.M.^a Llanas Aguilaniedo, *Alma contemporánea. Estudio de Estética*, Huesca, Tipografía de Leandro Pérez, 1899.

30. Unamuno, 1864; Baroja, 1872; Azorín, 1873; Maeztu, 1874; Antonio Machado, 1875.

Tampoco la fecha del 98 quiere decir que esos escritores comenzaron a escribir, o a manifestar sus reivindicaciones, a partir de ella. Es una fecha simbólica. Tienen razón los que ven a todo el siglo XIX, y en rigor a toda la historia anterior de España, precipitándose con ocasión de la catástrofe militar. Este es el intento, por ejemplo, de Yves Guyot en 1899: lo que ocurre es que el siglo XIX que intenta presentarnos era, en la fecha, un desconocido. Aunque su crítica de la sociedad de la Restauración sea en lo esencial verdad, no basta hablar de teocracia en España. Hay algo más³¹. Libros así evidencian la importancia de la acción historiográfica de Rafael Altamira, uno de los escritores del 98, dicho sea de paso.

Decía Madeleine Réberieux que las clases sociales se recubren las unas a las otras como las escamas del pescado. Lo mismo puede decirse de las generaciones. Por ello yo no trataré de contar las generaciones del 98, una, tres o infinitas, sino que romperé el nudo gordiano, sin insistir demasiado en la propiedad del término. No recuerdo en qué ciudad vi un gran letrado que decía: Notario. Al acercarme, me percaté de que se trataba de una relojería. En efecto, nada se opone a que un honesto relojero se apellide Notario. Con el mismo espíritu, nada se opone a que llamemos Generación del 98 a la acción de unos cuantos escritores que, en el cruce entre los siglos XIX y XX, cambiaron el clima moral, por supuesto literario, y a la larga político de España. Escritores también en muy amplio sentido, no sólo poetas y novelistas, sino científicos y artistas. Ya hemos citado a Rafael Altamira, que también fue novelista, pero que destacó sobre todo como historiador, y a Santiago Ramón y Cajal, hombre de ciencia, que no dudó en descender a la plazuela intelectual de la vida cotidiana³². Y entre los artistas deberíamos citar a Victorio Macho y a Ignacio Zuloaga, por lo menos.

Y hay otros, el Grupo Germinal, por ejemplo, al que ya me he referido. Parece mentira, pero esto no está todavía suficientemente elaborado. Un ensayo pionero, de Rafael Pérez de la Dehesa, que se remonta a 1970, nos abrió el camino³³.

31. Cfr. Y. Guyot, *L'évolution politique et sociale de l'Espagne*, Paris, Bibliothèque Charpentier, 1899.

32. Para S. Ramón y Cajal formaban parte de la Generación del 98: Bueno, Costa, Azorín, Valle Inclán, Baroja, Maeztu, etc. Acusa a la Generación, incluido él mismo, de no haber hablado con ecuanimidad del problema de fondo, la guerra misma. Cfr. *El mundo visto a los ochenta años*, Madrid, Librería Beltrán, 1939, 3ª ed. (la 1ª ed. es de 1934), p. 127.

33. R. Pérez de la Dehesa, *El Grupo Germinal, una clave del 98*, Madrid, Taurus, 1970.

Se trata, en síntesis, de unos cuantos escritores reunidos en torno a algunos periódicos, *La Democracia Social*, Madrid 1890, con una segunda época en 1895, *La República Social*, 1895, y el semanario *Germinal*, 1897, además de otros que eran más específicamente órgano de partidos, como *El País*, del Partido Republicano Progresista, de Ruiz Zorrilla, y *El Progreso*, 1897, órgano del mismo partido después de la muerte en 1895 de Ruiz Zorrilla. Con la guerra de Cuba *El Progreso* cambió de actitud, haciéndose rabiosamente militarista, partidario de Weyler, por lo que perdió a muchos de sus lectores, y se vio obligado a desaparecer en 1898. Como se ve por los títulos mismos, se trata de la entrada en España de ideas republicanas y socialistas, al margen del partido socialista, a veces seguidoras de Marx, otras contra su magisterio. Lo importante es que se trata de todo un mundo que se agita, cuya influencia y riqueza intelectual, no exenta de contradicciones, no estamos quizá todavía en condiciones de valorar en profundidad. Algunos de los nombres que más tarde serán conocidos como escritores del 98 se hallan ya en estos ambientes, desde Unamuno y Azorín hasta Valle-Inclán, desde Baroja hasta, incluso, Benavente y Maeztu. Joaquín Costa también colaboró en *Germinal*. Dirigido este periódico por Joaquín Dicenta, en él destacaron entre otros muchos dos nombres: Ernesto Bark, con el seudónimo A. de Santa Clara, y Rafael Delorme, que resumen entre los dos la intensa polarización marxismo-antimarxismo en el socialismo de la época. Rafael Delorme Salto, especialista en temas hispanoamericanos, falleció en 1897. Bark era en España un cosmopolita: Nacido en Dorpat, Livonia, actual Letonia, escritor en lengua alemana, revolucionario en Riga, clásicamente emigrado en Ginebra, apareció en Madrid hacia 1881-1882, en donde fue profesor de lenguas, traductor, publicista y editor, siendo la suya una de las más fecundas actividades de remoción de la mentalidad española hasta, por lo menos, 1920³⁴. *Germinal* tuvo en total cuatro etapas, inventariadas en el ya citado libro de Pérez de la Dehesa, pero la importancia del movimiento al que dio nombre radica en su propio carácter múltiple, en ser un extraordinario hervidero de ideas y actitudes. Hasta 36 periódicos socialistas cita Azorín en 1895, aunque incluye en esa cifra a algunos de América que, según dice, son muy leídos por los obreros españoles³⁵.

34. Sobre Delorme, Cfr. R. Pérez de la Dehesa, *op. cit.*, *passim.*, y sobre Bark el mismo, y A. Gil Novales, *Joaquín Costa, de la crisis finisecular al socialismo*, en "Anales. Anuario del Centro de la Universidad Nacional de Educación a Distancia", Barbastro, III, 1986, pp. 35-37.

35. Cfr. Azorín, *Notas sociales (Vulgarización)*, Madrid 1895, en Á. Cruz Rueda (ed.), *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1947,1, pp. 200-201.

Y hubo muchísimas revistas de otro tipo, que han merecido ya la atención de la crítica³⁶. Quienes hablaron del marasmo español no se habían acercado a estos grupos, o acaso los habían olvidado. Claro que todo es cuestión de hacia dónde dirijamos la mirada, porque ya lo había explicado en 1889 un escritor llamado Leopoldo Diañez: la política es la corrupción y ésta, no otra, es el marasmo³⁷.

Los llamados regeneracionistas entran también de lleno en la Generación del 98. Aunque la palabra, y su uso político, se remonta en España hasta la Guerra de la Independencia, vuelve a surgir con brío con motivo de la crisis final del siglo XIX. Lo que caracteriza a estos nuevos regeneracionistas es una indignación creciente ante los hombres de la Restauración, ante los hombres y ante las instituciones, aunque en lo que a éstas se refiere empieza la disensión.

Entre los escritores regeneracionistas acaso el primero, cronológicamente, sea el ingeniero y geólogo Lucas Mallada, autor en 1890 de *Los males de la patria y la futura revolución española*. Mallada, observador como buen naturalista, hace notar que desde un punto de vista físico España es un país pobre, que los españoles son perezosos, indolentes y apáticos, y que el sistema en el que viven tiene abandonada la agricultura, el comercio y la industria, lo mismo que la educación, especialmente la de la mujer. La corrupción es la norma en la administración y en los partidos políticos, a medias con la fantasía, palabra que en él significa mezcla de vanidad y de estupidez. Para España es urgente salir de esta situación, pero el autor, que parece decantarse por la República, no excluye una solución monárquica. Según él, los republicanos trabajan por la Monarquía y los monárquicos por la República.

36. Cfr. G. Ribbans, *Riqueza inagotada de las revistas literarias modernas*, en "Revista de Literatura", fase. 25-26, enero-junio 1958, pp. 30-47. Granjel, op. cit., pp. 139-155. El mismo, *Biografía de 'Revista Nueva' 1899*, en "Acta Salmanticensia", Tomo XV, n. 3, Salamanca 1962. Asunción Mora Martínez, *La revista "Alma Española", literatura y política en la Generación del 98*, en "Anales de Literatura española", Alicante, n. 5, 1986, pp. 295-328. Desde otra perspectiva, Cfr. también J-F. Botrel, *Nationalisme et consolation dans la littérature populaire espagnole des années 1898*, separata, Université de Lille III, 1982.

37. Cfr. L. Diañez, *La política*, en "El último telegrama", [periódico] Defensor de los intereses materiales del Campo de Gibraltar y Ceuta. Algeciras, imp. a cargo de Luis Punta, n. 728, 23 agosto 1889 (art. fechado en La Línea el 15 de agosto). Este periódico escribía "telégrama", con acento, de los números vistos, el 728 es el único que va sin acento.

Unos años después, en 1905, publica Mallada sus *Cartas aragonesas dedicada a S.M. el Rey Don Alfonso XIII*, especie de puesta al día del libro anterior, aunque de estas Cartas, publicadas por cuadernos, sólo apareció el primero. Como se ve por el título, el autor ha resuelto el problema que se le planteaba en 1890, y ahora confía en que sea el nuevo rey de España el que lleve a buen puerto la revolución española. Aunque algo más ponderada, la crítica sigue siendo aguda, y se hace sobre todo para que el nuevo rey conozca el país en el que tiene que actuar.

No es Mallada el único monárquico entre los regeneracionistas. También lo es, lógicamente, Francisco Silvela, el conservador que en 1892 protagonizó una sonada escisión respecto de los métodos de su jefe, Antonio Cánovas del Castillo. Historiador y casi cultor de la decadencia española, lo mismo que Cánovas, Silvela publica un artículo titulado “Sin pulso” en el periódico *El Tiempo*, 16 agosto 1898. Naturalmente quien está sin pulso es España, como se ha visto en la guerra de Cuba, en la que los españoles no han demostrado ningún entusiasmo para dejarse matar. Han muerto, eso sí, a causa del clima de la manigua, de la mala administración, de los robos organizados, incluso a manos del enemigo, pero han muerto sin entusiasmo, sin grandeza, como pobres diablos. No ha habido gloria que, según parece, es lo único que hace soñar a Silvela.

El cual protegió al general Polavieja (o Polanciana, como decía un chusco), otro regenerador, apoyados los dos por el cardenal Cascajares, el eclesiástico que hasta su muerte en 1901 había albergado el viejo señuelo reaccionario de dar entrada a los carlistas en el gobierno nacional, a través del enlace de las dos ramas borbónicas. Había pretendido también crear un partido confesional, a estilo del Zentrum Partei alemán, en lo que fracasó, como también en el control intentado de la Reina Regente a través de un confesor jesuíta, el P. Montaña. Pero todo esto son ya politiquerías. No obstante lo dicho, Silvela fue regenerador porque supo plantear el problema del desprestigio del Parlamento y porque quiso infundir nueva vida a la institución municipal, y además a su propio partido. Y al fracasar, tuvo la enorme categoría de saber dimitir.

El programa de Polavieja, hacia 1896, en vísperas de horas decisivas, consistía, según lo describe el que era entonces su amigo, Gonzalo de Reparaz, en hombres nuevos en el gobierno, más autoridad para el rey, menos para el Parlamento, regionalismo y disolución de los partidos políticos, además de conceptos vagos, como poner de acuerdo a la constitución propia, creada por la tradición, con la importada, y no tan vagos, según como se los interprete, como disciplina social, saneamiento de las costumbres y desposorios con la verdad. El caso es que cuando Polavieja fue ministro de la Guerra, con Silvela, en 1901, le pasó lo mismo, pero menos dramático, que a Boulanger en Francia: que no se decidió a actuar.

La verdad es que tampoco hizo falta porque la temida revolución se disolvió como un azucarillo en un vaso de agua³⁸, en parte por el efecto positivo que tuvo para el país la repatriación de los capitales coloniales.

Distinto carácter tiene el regeneracionismo demócrata o progresista. Tiene puntos de contacto con el anterior, es evidente, por lo que algunos los han confundido; pero basta un análisis somero para darse cuenta de la diferencia. En este segundo grupo el nombre más ilustre es el de Joaquín Costa, pero no el único. Emilio Meléndez Pallarés, republicano de Valencia, dice que la regeneración ha de consistir en hacer que las cosas sean verdaderas, que haya tres poderes en el Estado, ejecutivo, Parlamento y tribunales de justicia, y no uno sólo con tres denominaciones. El Parlamento tiene que ser auténtico Parlamento, y la justicia libre, independiente del ejecutivo, rápida, sencilla y barata. Reforma educativa: una escuela en todos y cada uno de los pueblos de España, con espacio suficiente, aire, luz, jardín, gimnasio y baño. Servicio militar voluntario y retribuido, no obligatorio. Y así otros puntos. En España no ha fracasado la libertad, ya que ha habido siempre una terrible disociación: la libertad se ha escrito, el despotismo se ha ejercido.

Auténtico carácter de manifiesto de regeneración nacional tiene el prólogo que Santiago Alba pone al libro de Edmond Demolins *En qué consiste la superioridad de los Anglo-Sajones*, Madrid 1899. Alba, después de censurar el tratamiento dado a los Estados Unidos antes de la guerra por la propaganda oficial, se encara con las realidades de la cultura nacional, y con sus instituciones, llegando a la conclusión de que se trata de un «régimen teatral, falso, aparatoso, convencional e infecundo». Ya está aquí el «panorama de fantasmas» en que consiste la Restauración, según el término acuñado años más tarde por José Ortega y Gasset. El sistema, dice Santiago Alba, lleva a una «anemia de la voluntad», lo que los hombres del 98 llamarán la abulia nacional. Recuérdese que una de las novelas de Azorín se titula, precisamente, *La voluntad*. Prosigue Alba hablando de las costumbres, de la industria nacional en manos extranjeras, el carácter de «usurero del Tesoro» que tiene el Banco de España, de la redención de la mujer, de la vivienda incómoda de los españoles, aun los más ricos, de la inutilidad del Parlamento. Santiago Alba no quiere prescindir del Parlamento, sino reformarlo, evitando el encasillado, los diputados cuneros, el caciquismo y las modalidades electorales de compra de votos, pucherazo, etc. Mucha gente en España, y antes en Europa, se está volviendo socialista. Alba expone la cuestión, pero no toma partido, lo mismo que en la opción entre Rey vitalicio y Rey temporal, es decir, entre Monarquía y República.

38. Cfr. J. Francos Rodríguez, *El año de la derrota*. 1898, Madrid, CIAR, 1930, p. 230.

Alba se reserva para el futuro, pero en medio de sus claudicaciones siempre habrá en su acción un hálito de progreso.

Castellano como Santiago Alba, Ricardo Macías Picavea en *El problema nacional*, Madrid 1899, en su indignación ante los hombres y las instituciones de la Restauración, llega a proponer la supresión del Parlamento, aunque sólo sea por diez años, tiempo que estima necesario para proceder a una reforma en profundidad del mismo. Por las mismas razones un espíritu afin, aunque algo más tardío, Julio Senador Gómez, pedía en 1915 a los jóvenes españoles que no fuesen a la Universidad, a la que consideraba el principal factor del embrutecimiento nacional.

El regeneracionista más importante es, desde luego, Joaquín Costa. Nacido en 1846, colaborador de Giner de los Ríos, krausista él mismo, pertenece más bien a la llamada Generación de 1868³⁹. Pero su impronta en el 98 fue enorme. Su influencia sobre la Generación del 98, en sentido estricto, quedó trazada, en lo esencial, por Rafael Pérez de la Dehesa. Este autor, que considera bastante arbitristas a todos los regeneracionistas, rechaza el término, sin embargo, para Costa, en quien las actitudes políticas «tienen detrás una vida entera de estudio y de investigación de la realidad humana y física de España, al mismo tiempo que un conocimiento de las corrientes culturales y filosóficas europeas bastante superior al de sus compañeros»⁴⁰. No trataré yo ahora de resumir toda la ingente trayectoria de Costa. Me limitaré a decir que tras la *Historia crítica de la Revolución española*, libro escrito, pero no publicado, hacia 1874, Costa se prepara intensamente en veinte años de asombrosa actividad, y en esos años publica algunas de sus más importantes obras. La crisis del 98 sólo va a añadir indignación, trenos, y, muy importante, el paso a la política práctica, que como toda política va a ser colectiva. Primero fue la creación de la Liga de Contribuyentes de Ribagorza, 1891, la Cámara Agrícola del Alto Aragón, 1892, y ya en 1900, la Unión Nacional, aunque en ella ya no es Costa la figura principal. El aragonés buscaba la creación de un partido que incidiese con fuerza en la vida nacional. No lo consiguió, y ya en 1903 se consideró desligado de esa Unión, aunque todavía ofreció su programa a la Unión Republicana, de la que se separó en 1906. Pero el impulso hacia la República estaba dado.

Lo esencial de su regeneracionismo quedó expresado en el *Mensaje y programa de la Cámara Agrícola del Alto Aragón*, de 1898 precisamente.

39. Cfr. A. Jiménez [Fraud], *Juan Valseca y la generación de 1868*, Oxford, The Dolphin Book Co. Ltd., 1956, p. 24.

40. Cfr. R. Pérez de la Dehesa, *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966, p. 169.

Costa cree que hay que fundar otra vez la nacionalidad española, porque tenemos «todas las apariencias y ninguna de las realidades de un pueblo constituido». La Hacienda española está en ruinas, cosa que los dos partidos del turno fueron incapaces de evitar. Propone ahora la creación de otro partido, nacional y regenerador, que podría hacerse en el seno de una Asamblea a reunir en Madrid. Y en seguida medidas prácticas, inminentes: progreso de la agricultura, riego, canales y embalses, colonización interior, simplificación de los sistemas de crédito, fomento de la exportación, y de los ferrocarriles, reforma de las aduanas, y creación de escuelas de Artes y Oficios. Caminos carreteros, que comuniquen entre sí todos los pueblos de España: cuando haya medios se transformarán en carreteras. Instituciones de previsión, seguro y socorro mutuo bajo la dirección del Estado, cajas de retiro para ancianos, y de viudedad y orfandad, exención tributaria a las industrias y labranzas de corto caudal, imposición progresiva. Derogación de todas las leyes sobre desamortización civil, dejando a los pueblos la facultad de adquirir tierras. Comunalización de la industria del pan, inspección del trabajo de las mujeres, colonias escolares de verano, fomento de la cooperación.

La mitad del problema español, dice Costa, está en la escuela. Esta debe servir para formar ciudadanos, no meramente para aprender a leer y escribir. Menos Universidades y más sabios. La cultura científica es muy necesaria, sin censura por parte del Estado ni de la Iglesia. En cuanto a derechos políticos, es partidario de mantener el Parlamento, el jurado, los derechos individuales y el sufragio universal. Esto es así, a pesar de que reconoce el parasitismo del Parlamento — no es el único en aquellos años en España —, pero la simple amputación sería más dañosa que la dolencia misma. Al Parlamento hay que reformarlo, haciéndolo independiente del poder ejecutivo, y creando las Juntas o Diputaciones regionales. Conviene insistir en este punto, porque a veces ha sido Costa mal interpretado. Corolario lógico: respeto por el voto y por las elecciones, que deben ser absolutamente libres. En cuanto a la política exterior, colaboración con Francia, fomento de las relaciones con los países americanos de habla española, pero ninguna nueva aventura colonial. Costa, en tiempos, fue africanista: ahora piensa que ya no estamos para nuevas conquistas, ni siquiera la de Portugal, ya que España no puede aportar nada al país vecino.

El mensaje de Costa está surcado por un profundo sentimiento democrático, y a la vez por un intenso pesimismo, que irá creciendo en él hasta el momento de su muerte, 1911. En alguna ocasión le sale una solución en términos de Revolución francesa, de convención jacobina, él que siempre se había mostrado tan desconfiado respecto de aquel gran acontecimiento. Pero el jacobinismo de Costa, interesante desde luego, dura

poco, y es el pesimismo lo que prevalecerá.

El pesimismo es también una de las características de la llamada Generación del 98. Así en Antonio Machado: pueblo de arrieros, lechuzos, tahúres y logreros; pero también la esperanza de que un día llegue la rendición de ese mismo pueblo⁴¹. Visión que puede compararse con la de Valle-Inclán. Esta es la gente de Medinica, pueblo imaginario: «Pardillos de hablar adusto / Con resonancias latinas, / La cara el perfil de Augusto./ Las intenciones dañinas»⁴². Y Azorín, después de decirnos que Yecla es España, escribe: «Y eso es Yecla: un pueblo místico, un pueblo de visionarios, donde la intuición de las cosas, la visión rápida no falta; pero falta, en cambio, la coordinación reflexiva, el laboreo paciente, la Voluntad»⁴³. O del Baroja de *El Árbol de la ciencia*, en donde el protagonista al final de la novela se suicida, por lo que se dice de él que tenía algo de precursor⁴⁴. Y Unamuno, en plan regenerador: «Es un espectáculo deprimente el del estado mental y moral de nuestra sociedad española, sobre todo si se la estudia en su centro. Es una pobre conciencia colectiva homogénea y rasa. Pesa sobre todos nosotros una atmósfera de bochorno; debajo de una dura costra de gravedad formal se extiende una ramplojería comprimida, una enorme trivialidad y vulgachería»⁴⁵.

Este pesimismo se deriva de un gran amor por la tierra, y engendra, cada uno en su esfera, una gran tensión cognoscitiva. Y como grupo esa generación, según Azorín, significa un renacimiento, basado en el contacto fecundo con las letras extranjeras⁴⁶. Este punto se halla recogido en el influjo europeo de que habla Luis Granjel: Darwin, Nietzsche, Claude Bernard, los novelistas rusos, Max Nordau, y otros⁴⁷.

41. Cfr. mi *Antonio Machado*, Madrid, Ediciones del Orto, 1992, 3ª ed., p. 24.

42. Cfr. R. del Valle-Inclán, *Medinica*, en *Claves líricas*, Madrid, Editorial Rúa Nueva, 1943 (la 1ª ed. es de 1907), p. 207.

43. Gfr. Azorín, *La Voluntad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1939 (la 1ª ed. es de 1902), pp. 246-247.

44. Cfr. P. Baroja, *El árbol de la ciencia*, 4ª ed., Madrid, Rafael Caro Raggio, 1929, p. 343.

45. Cfr. M. de Unamuno, *Sobre el marasmo actual de España*, en *En torno al casticismo*, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1945 (la 1ª ed. es de 1902), p. 131.

46. Azorín, *La generación del 98*, cit., pp. 186-188, quien cita las siguientes influencias, “Sobre Valle Inclán, D’Annunzio, Barbey D’Aurevilly. Sobre Unamuno, Ibsen, Tolstoi, Amiel. Sobre Benavente, Shakespeare, Musset, los dramaturgos modernos franceses. Sobre Baroja, Dickens, Poe, Balzac, Gautier. Sobre Manuel Bueno, Stendhal, Brandes, Ruskin. Sobre Maeztu, Nietzsche, Spencer. Sobre Rubén Darío, Verlaine, Banville, Victor Hugo” (p. 188).

47. L.S. Granjel, *op. cit.*, pp. 93-95.

Pero además estos escritores son escritores que saben escribir, que manejan muy bien la lengua castellana, que es su instrumento expresivo, y que frente a la frase larga o castelarina introducen el período corto, y lo que Unamuno llamaba la lucha contra las lañas lógicas. El lenguaje se hace mucho más vivo, ameno, rápido y actual. Procedentes del País Vasco, de Galicia, de Andalucía, de la región valenciana, todos ellos descubren Castilla, y con ella la emoción del paisaje y la historia que se transparenta en ese paisaje, sin renunciar por ello a sus ciudades y regiones originarias. Van a Madrid, ciudad que les atrae y les repele, y tratan de captar lírica o estéticamente el por qué los hombres viven como viven, y por qué ellos mismos están sujetos a las muy precisas coordenadas de su trayectoria vital⁴⁸.

De lo que el grupo significaba inicialmente como protesta social — siempre la guerra del 98 al fondo — no queda nada, excepto la propia obra individual. No supieron cumplir el viejo adagio anglosajón de salir «not from the rangs, but with the rangs». Pedro Laín Entralgo habló de su irracionalismo⁴⁹. Vistos al trasluz de otra guerra, la de 1936-1939, final de tantas ilusiones, fueron acusados de reaccionarios⁵⁰. Mucho se habló del ¡Que inventen ellos! unamuniano, se recordó el equilibrio racista de Pío Baroja entre el latino y el germano, la lamentable conducta de Azorín precisamente en 1936.

Todo esto es verdad; pero también lo es que Geoffrey Ribbans pudo titular uno de sus trabajos *Antonio Machado. Poetry and integrity*⁵¹, que Unamuno, a salvo su conciencia personal, fue frente al poder durante cerca de medio siglo la voz que no se calla, que aun cuando se equivocase reclamaba siempre ciudadanía, que Valle-Inclán, el primero que abandonó este mundo, no obstante las apariencias que engañaron a muchos de un carlismo de leyenda, en la hora tremenda de 1935 supo actuar como se podía haber esperado de su significación⁵², y que nada menos que Antonio Machado en 1938 lamentaba su desaparición porque, no obstante su fantástico marquesado de Bradomín, «estaría hoy con nosotros, con cuantos sentimos y abrazamos la causa del pueblo».

48. Cfr. P. Laín Entralgo, *La Generación del Noventa y Ocho*, Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina, 1947.

49. Cfr. P. Laín Entralgo, *op. cit.*, pp. 70-71.

50. Cfr. R. Iglesia, *El reaccionarismo de la Generación del 98*, en “Cuadernos Americanos”, n. 5, septiembre-octubre 1947, pp. 91-99.

51. Cfr. G. Ribbans, *Antonio Machado (1875-1939). Poetry and Integrity*, London, The Hispanic and Luso Brazilian Council, 1975.

52. Cfr. C. Serrano, *Un documento por partida doble, Unamuno y Valle Inclán después de octubre del 34, en Leer a Valle-Inclán en 1986*, Dijon, Hispanística XX, Université de Dijon, 1986, pp. 251-257.

No sería hombre de un partido concreto, «pero, ante la invasión de España por el extranjero y la traición de casa, habría renacido en Don Ramón el capitán de nobles causas que llevaba dentro, y muchas de sus hazañas soñadas se hubieran convertido en realidades»⁵³. Habría que recordar también que Pío Baroja, no obstante sus flaquezas explicables para salvar la piel, y si se quiere sus manías, se mantuvo siempre independiente, radicalmente independiente, incluso bajo el franquismo, hasta su muerte en 1956, sin que tuviese ningún éxito la pretensión de Ernesto Giménez Caballero de hacer de él un fascista⁵⁴. Y a Azorín se le recuerda siempre como el gran educador de la sensibilidad literaria de los españoles, el escritor que más hizo para integrar el pasado de las letras españolas en la vida de nuestro tiempo. Y aunque hoy estemos cloroformizados por la sociedad de consumo, por la crisis económica, por haber entrado en una Europa sometida al exclusivo interés de las multinacionales, y por los gobiernos que nos toca padecer, siempre nos queda el consuelo de volver los ojos hacia esa famosa Generación, y afirmarnos con ella, esperando mejores tiempos.

Lo que para un grupo literario no es poco resultado. He dicho.

53. Cfr. A. Machado, prólogo sin título, Barcelona, 1 de agosto de 1938, en R. del Valle-Inclán, *El ruedo ibérico. La Corte de los milagros*, Madrid-Barcelona, Editorial Nuestro pueblo, 1938, pp. 7-12 (p. 12).

54. Cfr. Donoso Descortés, *Jaque y jaqueca al cabecilla*, en “España peregrina”, n. 5, 15 junio 1940, edición facsímil, México, Alejandro Finisterre, 1977, p. 226 (a propósito de *Comunistas, judíos y demás ralea*, 2ª ed., Valladolid, Cumbre, 1939, con prólogo de Giménez Caballero). L. Ramírez, *Nuestros primeros veinticinco años*, París, Ruedo Ibérico, 1964, pp. 112-117 (*últimos años y muerte*). C. Alonso, *Intelectuales en crisis. Pío Baroja, militante radical (1905-1911)*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1985.